

# GRUPOS DE FE Y VIDA

## II SESIÓN

**“La comunión:  
la fraternidad en la vida de los cristianos”**

archidiócesis  
de ZARAGOZA



Unidad Pastoral de  
Ejea de los Caballeros  
Bardenas · Castejón de Valdejasa · Ejea de los Caballeros · Valerenga  
El Bayo · El Sabinar · Pinoso · Rivas · Santa Anastasia

**Moderador:** Comenzamos nuestro encuentro del Grupo de fe y vida con un momento de silencio para acoger al Señor en nuestra vida. Estamos reunidos en su nombre y creemos firmemente que Él está en medio de nosotros. Que gozo es estar los hermanos unidos y poder experimentar la efusión del Espíritu Santo, que nos alienta para ser presencia viva del amor de Dios en medio del mundo.

**Todos:**

Ser presencia, Señor, es hablar de Ti sin nombrarte;  
callar cuando es preciso que el gesto reemplace la palabra.  
Ser luz que ilumina el lenguaje del silencio y voz,  
que surgiendo de la vida, no habla.  
Es decirle a los demás que estamos cerca,  
aunque sea grande la distancia que separa.  
Es intuir la esperanza de los otros y simplemente, llenarla.  
Es sufrir con el que sufre y desde dentro,  
mostrarle que Dios cura nuestras llagas.  
Es reír con el que ríe y alegrarse del gozo  
del hermano porque ama.  
Es gritar con la fuerza del Espíritu la verdad  
que desde Dios siempre nos salva.  
Es vivir expuestos y sin armas,  
confiando ciegamente en tu Palabra.  
Es llevar el “desierto” a los hermanos,

compartir tu Misterio y decirles que los amas.  
Es saber escuchar tu lenguaje en silencio.  
Y “ver” por ellos cuando la fe pareciera que se apaga.  
“Ser presencia”, Señor, es saber esperar tu tiempo  
sin apresuramientos y con calma.  
Es dar serenidad con una paz muy honda.  
Es vivir la tensión del desconcierto en una Iglesia que,  
porque crece, cambia.  
Es abrirse a los “signos de los tiempos”  
manteniéndose fiel a tu Palabra.  
Es, en fin, Señor, ser caminante  
en el camino poblado de hermanos,  
gritando en silencio que estás vivo  
y que nos tienes tomados de la mano.

**Lector:** Lucas 24, 13-35

*“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y,*

*levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan*

Breve momento de silencio para la reflexión personal.

**Oración comunitaria:**

**Moderador:** Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte.

**Todos:** Estamos cansados del camino, pero Tú nos confortas en la fracción del pan, para anunciar a nuestros hermanos que en verdad Tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

**Moderador:** Quédate con nosotros, Señor. Fortalece nuestra fe para que seamos tus discípulos misioneros.

**Todos:** Tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en Ti.

**Moderador:** Quédate en nosotros, Cristo, esperanza nuestra, la más hermosa juventud de este mundo.

**Todos:** Que tu presencia todo lo renueve y llene de vida. Que seamos capaces de discernir lo que quieres de cada uno de nosotros, y nos ilumines para encontrar nuevos caminos de Misión. Amén.

## **2. LA COMUNIÓN: LA FRATERNIDAD EN LA VIDA DE LOS CRISTIANOS**

### **2.1 Introducción**

La fraternidad es uno de los rasgos más significativos de los cristianos. Desde los inicios de la Iglesia primitiva nuestros hermanos dieron testimonio de comunión, frente al individualismo preponderante de su época. Ser cristiano, equivale a ser una persona comunitaria, eclesial y fraterna, que siente el gozo de saberse parte de un pueblo creyente, del que todo recibe y al que todo lo da.

Es muy importante vivir en la misma fe que a todos nos une, pero mucho más importante es estar arraigados en “quien nos une”. Solo unidos en los mismos pensamientos, sentimientos, actitudes y criterios de Jesús, llegaremos a ser testigos de ese mundo alternativo que Dios sueña para su humanidad: “*Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado*” (Jn 17, 21).

La imagen bíblica de la vid y los sarmientos nos introduce a la relación que existe entre la comunión y la fecundidad. Se entiende de forma muy viva y natural la alegoría de los sarmientos enraizados y vivificados por la vid, que son llamados a dar fruto: “*Yo soy la vid, vosotros, los sarmientos. El que permanece en mí y yo en*

*él, ése da mucho fruto» (Jn 15, 5).* Dar fruto es una exigencia esencial de la vida cristiana y eclesial.

La comunión con Jesús, de la cual deriva la comunión de los cristianos entre sí, es condición absolutamente indispensable para dar fruto: *«Separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5).* Y la comunión con los otros es el fruto más hermoso que los sarmientos pueden dar. Tomemos viva conciencia de que la comunión genera comunión, y esencialmente se configura como comunión misionera. (Cfr. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 18-19).

En esta sociedad sumida en el desarraigo de la vida familiar, en la división entre las distintas ideologías, en la confrontación político-social y en el individualismo que impide construir comunidades humanas más justas y fraternas, los cristianos hemos de ser testigos significativos de verdadera comunión. ¡Caminemos juntos! ¡Vivamos unidos! ¡Construyamos Iglesia en comunión!

## **2.2 Caminamos unidos hacia una vida plena**

La vida cristiana es un camino de constante crecimiento que nos transforma paso a paso, en un dinamismo espiritual que necesita ser acompañado. San Bernardo enunciaba este principio: *“El que no quiere adelantar, retrocede”*. No crecer es ya retroceder.

El camino hacia la vida plena es un proceso lento de relación, seguimiento, imitación y configuración con Cristo. Como caminantes descubrimos que necesitamos, en ocasiones, pedir ayuda, buscar apoyo, reconocer la propia incapacidad de acertar solos con el itinerario correcto, asumiendo con humildad nuestras propias limitaciones. Esto es lo que hizo el mismo Jesús con los primeros discípulos y lo que continúa haciendo con nosotros.

Como hizo en otro tiempo con los discípulos de Emaús, Él se hace presente, nos escucha, se hace eco de la realidad de nuestra propia vida, no se impone ni nos marca el paso, sino que nos ofrece una cercanía discreta para que podamos llegar a reconocerlo y releamos nuestra vida a la luz de la fe, hasta que podamos exclamar: *“¿no ardía nuestro corazón?”*.

Esta experiencia sólo se puede vivir junto a otros creyentes que se ayudan mutuamente en su camino de conversión personal y comunitaria, y en el seno de la Iglesia, que es la madre que cuida de sus hijos, les acompaña a lo largo de toda su vida y les ofrece mediaciones concretas de acompañamiento.

## **2.3 La necesidad de caminar juntos en la Iglesia**

La Iglesia es la familia de la fe para cada bautizado, en la que crece, se alimenta, celebra y discierne la vocación a la que Dios llama a cada uno de sus hijos. *“Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral”*. (EG 33).

El cristiano no puede vivir sin Iglesia y la fe no crece sino se vive y comparte en comunidad. *“El fiel laico no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad, sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad*

*y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia” (Cfr. CEE, Cristianos laicos, Iglesia en el mundo, 20).*

Una actitud indispensable para poder caminar juntos en la Iglesia es cultivar la “*espiritualidad de comunión*”. *“Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente”.* (San Juan Pablo II, *Novo milenio Ineunte*, 43).

La necesidad de caminar juntos en la Iglesia se ha visto impulsada por el Sínodo que estamos viviendo. Esta necesidad se articula a través de los *Grupos de fe y vida* y de las comunidades, asociaciones eclesiales... ya que es condición indispensable para desarrollar la vida de fe en todas sus dimensiones. Por eso, la Diócesis no trata solo de potenciar la vida cristiana de los laicos de forma individual, sino de vertebrar un “laicado” adulto en la fe, que sea corresponsable en la evangelización y parte activa en primera línea de la Misión.

En las parroquias existen multiplicidad de formas de organización de los laicos que colaboran en la pastoral, así como de distintas ofertas de formación cristiana o espacios de espiritualidad, donde se genera una dispersión de fuerzas y donde predominan más las opciones personales que las comunitarias.

Muchos grupos pastorales (catequistas, Cáritas, salud, liturgia...), e incluso laicos que no pertenecen a ninguna asociación cristiana, necesitan formar parte de un grupo eclesial donde sentirse acompañados, alentados, formados y ayudados a crecer en la fe.

Ser cristiano en un contexto social de indiferencia religiosa, no se puede reducir a participar en la celebración dominical o a una colaboración ocasional en la pastoral parroquial. Hoy más que nunca se necesita vivir la fe en comunidad, que es el mejor antídoto para vivir la fe de forma plena, en medio de una sensibilidad social que tiene elementos claramente opuestos a los valores evangélicos.

## **2.4 Acompañar con sentido comunitario**

La participación en un *Grupo de fe y vida* nos permitirá, de modo natural, descubrir el don del acompañamiento, tan necesario hoy en día para recorrer el camino hacia una vida plena. Al hablar de acompañamiento nos referimos, por un lado, al comunitario que podemos recibir por nuestra misma pertenencia al Grupo. Y, por otro, al personal, que tanto puede aportarnos en nuestro reto de personalización de la fe.

La tarea de acompañar en el camino de la fe no es algo exclusivo del sacerdote, sino de toda persona que tenga experiencia de Dios y la viva con sentido comunitario. Este acompañamiento puede ayudarnos en dos direcciones:

1. Vivir una pastoral más de conjunto, donde nos necesitemos unos a otros, y donde el otro, quizá por su vocación o carisma, puede ofrecer un mejor servicio que yo a la parroquia.

2. Despertar en la persona la necesidad de la comunidad en su vida cristiana, como el lugar donde encontrar el calor que le anime a formarse, a crecer en vida interior (oración y celebración) y a responder desde la luz del Evangelio a las situaciones que en cada momento le toque vivir.

Si importante es la función del acompañante en todo este proceso, igual de importante es la función del propio *Grupo de fe y vida*, donde la persona, compartiendo con otros, pueda madurar en el seguimiento de Jesucristo, creciendo en todas sus dimensiones. La vida de fe de una persona comienza en el encuentro con Jesús que se hace presente en nuestras vidas y nos invita a seguirlo. Es este seguimiento el que no debemos hacer solos, pues el Señor pone cerca de nosotros a otros hermanos con los cuales ir recorriendo este camino.

Con ellos, conocidos o no conocidos en un primer momento, iniciamos la aventura apasionante de estar con Él, de escucharlo, de comprenderlo, de descubrirlo en nuestra vida y en la del otro, de manera especial en el pobre, de celebrarlo y de llevarlo a todos aquellos que viven necesitados de su luz. En el grupo, sus miembros se comprometen a poner los medios a su alcance para ir gozando, progresivamente, de esta experiencia.

## **2.5 ¿Qué te aporta el Grupo de fe y vida “VITA”?**

El cristiano que forma parte de estos grupos se compromete a reunirse periódicamente, de forma estable, en la parroquia, a una hora y en un día prefijado. El grupo es una puerta que te ayudará a profundizar en la experiencia personal de Cristo, educarte en la vida comunitaria y sentirte parte activa dentro de la parroquia. La confianza y la amistad del pequeño grupo te llevarán a compartir tu vivencia de la fe de una manera cercana, grata y profunda. El grupo te facilita encontrar un lugar dentro de la Iglesia donde:

- Jesús se hace presente, *“porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18, 20).
- Vivir la comunión eclesial, *“para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti”* (Jn 17, 21).
- Sentirse querido y protagonista y sentir al otro como hermano de fe.
- Poder realizar acciones conjuntas en clave misionera y transformadora.
- Descubrir, en definitiva, la importancia del acompañamiento comunitario en nuestra vida de fe.
- Tener la oportunidad de ser acompañado personalmente, por el sacerdote o por otro miembro de la comunidad debidamente preparado.
- Discernir, personal y comunitariamente, el paso de Dios por nuestra vida para ser fieles a lo que el Señor pide a su Iglesia.
- Compartir nuestros bienes y capacidades.
- Apoyarse en los momentos difíciles.
- Ayudarse a ser consecuentes y corregirse fraternalmente

En este grupo se aprende a ser corresponsable en la misión de la Iglesia. Para ello, además de renovar la experiencia de conversión a Jesucristo a través de la oración, el discernimiento y la interpelación, se promueve el compromiso apostólico y misionero de sus miembros. En las reuniones, no se debe caer en la tentación de realizar únicamente sesiones “magistrales”, donde uno habla y la mayoría escucha. Se debe primar la corresponsabilidad y protagonismo de cada miembro del grupo, en los diálogos y en las acciones.

El acompañante, sobre todo al comienzo, debe fomentar este “espíritu”, para que en el grupo se viva una experiencia de fe personal, comunitaria y transformadora. Su papel es primordial para favorecer la cohesión del grupo, el protagonismo de todos, y la vivencia de la comunión y la misión, pero con el paso del tiempo y la madurez del propio grupo, la función del acompañante irá diluyéndose, asumiéndose por todos los miembros del grupo

## **2.6 Magisterio del Papa Francisco: EG 170-171**

*“Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. Algunos se creen libres cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar donde retornar siempre. Dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes, que giran siempre en torno a sí mismos sin llegar a ninguna parte. El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre”.*

*“Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida”.*

## **3. DISCERNIMIENTO COMUNITARIO**

**Moderador:** En este momento del discernimiento comunitario, continuamos con el clima de oración, escucha interior, reflexión profunda y diálogo compartido de lo que el Espíritu nos inspira a los miembros del grupo. Hagamos el ejercicio de escuchar y acoger desde una actitud de respeto y libertad lo que los otros dicen, para que emerja el discernimiento común.

**1. A lo largo de nuestra vida de fe también experimentamos dificultades, preocupaciones, desalientos... Muchas veces nos pasa como a los discípulos de Emaús... ¿Qué situaciones de desaliento vives? ¿Qué realidades te hacen perder la esperanza?**

2. Para crecer en la fe a lo largo de toda la vida necesitamos ser acompañados y vivir la comunión fraterna de los cristianos. ¿Cómo vives esta comunión? ¿Sientes la necesidad de ser acompañado y de formar parte de un grupo cristiano? ¿De qué forma vives la dimensión comunitaria de la fe y fomentas la comunión?

3. ¿Qué pasos podemos ir dando en nuestra comunidad para acompañarnos más y mejor? ¿Qué actitudes hemos de cultivar?

#### **4. ORACIÓN VITA**

A ti, Dios nuestro,  
que asumes nuestra humanidad  
y le das VIDA por tu Espíritu,  
acudimos suplicantes,  
necesitados de tu fuerza y de tu gracia.  
Bendice a la Iglesia Diocesana de Zaragoza  
para que busque siempre tu voluntad  
y construya una Iglesia en salida,  
samaritana y servidora de todos.  
Danos por tu Espíritu  
el aliento de VIDA que necesitamos  
para hacer de nuestras comunidades,  
escuelas de comunión.  
Inspíranos el ardor evangelizador  
de tus profetas, apóstoles y santos,  
haznos testigos creíbles,  
en permanente estado de misión.  
Danos vigor, audacia, para llegar a todos  
para acoger, cuidar y acompañar a todos  
a los que te celebran cada día,  
a los que se alejaron de tu casa  
a los que todavía no saben cómo eres.  
Señor Jesucristo  
acompaña con tu presencia alentadora,  
los esfuerzos de esta Iglesia Diocesana  
que emprende un tiempo de  
escucha, conversión y misión.  
Con María nuestra Madre del Pilar  
te presentamos nuestra Diócesis,  
bendícela e infúndele tu VIDA. AMEN